

INSERCIÓN CONTEMPLATIVA EN EL MUNDO Y EN LA IGLESIA

Dice el Decreto *Perfectae Caritatis*:

“Los Institutos que se ordenan íntegramente a la contemplación... su manera de vivir ha de revisarse... guardando, no obstante, fidelísimamente su apartamiento del mundo y los ejercicios propios de la vida contemplativa” (7).

Acerca del trasfondo teológico de este apartamiento del mundo, “*mundi secessu*”, nada mejor y más rico que la primera parte del Documento de la Sagrada Congregación para los Religiosos y los Institutos seculares, “*Venite Seorsum*”, del 15 de agosto de 1969. La segunda parte de este mismo Documento consta de las normas que a partir de ese momento rigen la clausura de las monjas. Incluye un artículo (10) referente a la radio y televisión, y un artículo (11) referente a los “diarios y revistas *periódicas* y demás medios de comunicación”.

No es mi interés hacer un comentario de este documento: solamente lo he citado porque es el único que en estos últimos años trata acerca de esta materia y, a la vez que señala un criterio, lo genera, por lo menos en las Comunidades femeninas. Según este criterio de la segunda parte, “el mundo” es el conjunto de

- la calle
- la gente
- la radio y la televisión
- los diarios y revistas *periódicas*

Tal vez sería interesante hacer a modo de comentario, la absolutamente necesaria distinción entre “mundo” y “actualidad del mundo”, porque no hay que creer que estar aislado de la “actualidad” del mundo implica ya o produce un aislamiento del mundo. Un minimundo es tan “mundo” como un maximundo. En ambos puede darse toda la espiritualidad del desierto y en ambos puede darse toda la ruidosidad, la dispersión y la vacuidad de la superficialidad mundana.

Por éstas y otras razones, prefiero llamar a la clásica “separación del mundo” *específica inserción en el mundo*, inserción que supondrá una madura y serena separación de ciertas estructuras del mundo.

Los contemplativos están insertos en el mundo y en la Iglesia; ellos son una mirada de Dios, ellos son una silenciosa palabra de Dios. El problema está, por parte de los contemplativos, en asumir la conciencia de esta inserción y, por parte de la Iglesia y el mundo, en un segundo momento, en contar con nuestra inserción, sentirla, integrarla en su vida. Esta inserción contemplativa engendra una visión del mundo, una sabiduría del mismo.

I

Antes de probar mi tesis, señalaré las posibles *falsas posturas*. Considero cuatro:

1) La *no visión del mundo*. Creo que en los conventos -y en los monjes individualmente considerados- puede darse una NO visión del mundo. ¿Cómo sería esta no visión del mundo?

Consistiría en un mundo que, a partir del día en que se ingresa al monasterio, comienza a verse cada vez más pequeño y lejano hasta que finalmente deja de existir. Termina aniquilado. Un mundo que toma la dimensión del monasterio: la historia llega hasta ese día del ingreso. ¡Cuántas veces se dan monjas -y también monjes- para quienes el arte, la moda, la literatura, la política, los movimientos apostólicos, etc., llegaron a su cumbre -según ellos- en el último año de su vida seglar! En estos casos, se ha confundido salir del mundo con detenerse en una hora del mundo, la cual a veces ha entrado con uno al claustro. Indudablemente que si el monasterio termina siendo “mi mundo”, todo el mundo, y si la mini-historia personal o comunitaria termina siendo toda la historia que absorbe, preocupa y se torna gozne del pensamiento, entonces se ha dejado -sí- el mundo para ingresar en el pequeño planeta del monasterio, cerrado sobre sí mismo.

2) Una segunda postura equivocada sería la *falsa visión del mundo*. Es la visión del mundo que los monjes pueden tener a través de ópticas particulares. Caben aquí las bien conocidas “mentalizaciones”. Una comunidad de monjes es un terreno muy propicio para las mentalizaciones de cualquier extremo. Entiendo por “mentalización”, no la impostación de una doctrina o de una verdad, sino de una ideología, aun cuando el objeto de la misma sea Dios o la Iglesia. Estas “mentalizaciones”, que tienen como base una ideología, pueden llevar a monjes y monjas a una verdadera desubicación: desubicación frente al mundo y desubicación frente a la Iglesia. Estas mentalizaciones pueden venir de afuera (recordemos la influencia de Pascal en Port-Royal, del Dr. Quevedo en Cuernavaca y de tantos amigos asiduos de monasterios que los han sellado con sus criterios y sus posturas personales). Pero pueden provenir también de adentro: de un monje o monja más fuerte, que tiene el natural liderazgo de los demás y que impuesta su visión particularizada.

Evidentemente estas falsas *visiones del mundo* llevan a una desubicación muy seria. Se tiene una visión “angular” y particularizada, que impide necesariamente la visión profunda y total del verdadero contemplativo.

3) Una tercera postura equivocada sería la *visión mundana del mundo*. Consistiría en la confusión entre visión del mundo y conocimiento de todo lo que cada día es “noticia”. Podríamos creer que estamos bien ubicadas si sabemos “lo que pasa”, si tenemos las “últimas noticias”, incluso con su contorno de maliciosas suposiciones. Es la postura de los superficiales, de los que viven de “lo que pasa” y no de “lo que es”.

La *superficialidad mundana* es el peor enemigo de la vida contemplativa. El hábito de la periferia, de la superficie, quita el gusto de la verdad, quita el gusto de la seriedad en las opciones y torna al individuo totalmente inepto para la belleza, para la sabiduría metafísica y para la oración contemplativa. Es la característica del hombre periodístico, atraído por lo que tiene fuerza de “distracción”.

Hace ver al mundo desde el mundo, en lo que el mundo tiene de más insustancial, mentiroso e intrascendente, así se lo mire y se lo analice en un recreo de Comunidad, en un locutorio o inclusive en el ámbito de una celda.

4) Una cuarta postura negativa sería la *no responsabilidad del mundo*. Significa mirar el mundo, verlo caminar como camina, juzgarlo malo por su cuenta y riesgo. Tal vez, sí, rezar para que no pasen las cosas que pasan y tal vez afligirse cuando sucede algún acontecimiento con sabor a tragedia humana, o cuando nuestra seguridad está amenazada y sentimos miedo.

Es la actitud que puede y suele darse: criticar al mundo y sus estructuras, sus costumbres, pero no precisamente desde una perspectiva evangélica, sino desde un insano autoconvencimiento (muchas veces fomentado por la idealización que hacen de la vida monástica las personas que se acercan y nos visitan) de que los límites del monasterio separan a la comunidad “de los santos” de la comunidad “de la tentación y del pecado”. Es verdad que nuestros monasterios podrían

llegar a ser la maravilla del mundo; más aún, deberían llegar a serlo. Pero esa situación, que por ser ideal no tiene por qué ser irreal, no debiera jamás conducirnos a perder la responsabilidad del mundo.

Los grandes contemplativos se han sentido siempre profundamente responsables del mundo y lo han cargado sobre sus espaldas: pienso en santa Catalina y en santa Teresita cuando decía que quería sentarse en la mesa de los pecadores y pienso sobre todo en Jesús, que no solamente no despreció la mesa de los pecadores, sino que vivió y compartió con dos pecadores la hora suprema de la Pasión, su Hora, confundiendo su sed y sus gemidos con los de ellos.

Quisiera precisar mi pensamiento: esta responsabilidad no implica un reingreso en las estructuras del mundo o, como tantas otras veces se ha pensado, un “compromiso” de tipo socio-político. Pero a la vez creo que muy pocas veces nos sentimos formando parte de este mundo y culpables de sus pecados. Un día, un seglar, conversando con una monja, le preguntaba quién tendría en última instancia la culpa de todo este desorden en el mundo. Le decía que este interrogante lo acuciaba... ¿Sería el sistema económico internacional? ¿Sería el comunismo? ¿Sería el laicismo y la masonería?... ¿Dónde, dónde estaría el eje de la descomposición? Porque todos sienten que hay un eje, una especie de centro, no obstante invisible. Y la monja le respondió: “Ignoro dónde está esa mano que arroja sobre los hombres la inmoralidad, el odio, el ateísmo, la miseria; pero sí sé que esa mano obra porque en los monasterios no luchamos contra ella. Y no se trata de rezar por, de ofrecer sacrificios por. Todo eso se hace, y gracias a Dios que se hace. Pero tendríamos que sentir el agobio del pecado, de la culpa de la sociedad y de cada hombre. No un agobio escrupuloso, sino una responsabilidad que supone una solidaridad a nivel de cuerpo místico y a nivel de humanidad. Tendríamos que tener la absoluta convicción de que si nosotros no somos profundamente santos, realmente santos, grandes santos, tenemos la culpa de todo lo que pasa en el mundo”.

Esta solidaridad de unos con otros, este cargar el mundo cada día, “tomar la cruz cada día” (*Lc* 9,23) sobre las espaldas, es vivido por muchos laicos con realismo y con fuerza. Y es esa misma urgencia, esa misma solidaridad, la que muchas veces los empuja hacia la vida contemplativa. Pero después de unos años, suele suceder que esta responsabilidad no sólo no se plenifica, sino que se desdibuja. Rezamos por el mundo, nos impactan sus dramas, pero no sentimos que nuestra falta de conversión y de santidad pertenezcan a la raíz del dolor y del pecado de nuestros hermanos extra-clausura.

Estas falsas posturas respecto del mundo se dan a la vez respecto de la Iglesia.

1) Una *no visión de la Iglesia* en toda su realidad y una no audición de su palabra: Encíclicas, Concilio Vaticano II, Exhortaciones del Papa, Sínodos, Documentos de los Dicasterios, Documentos de las propias Conferencias Episcopales, vida y problemas de las instituciones y de los movimientos de la Iglesia, etc.. Muchas veces se considera que “huir del mundo” implica “huir de la Iglesia visible”, lo cual desemboca en una verdadera “inconsciencia eclesial”.

2) Una *falsa visión de la Iglesia*, fruto de una información aislada dada por un sacerdote amigo, o por algún laico, o por libros que son leídos sin discernimiento. Es evidente que donde se han dado con más intensidad las radicalizaciones de uno y otro extremo es en las comunidades monásticas.

3) Una *visión mundana de la Iglesia*. Sabemos que los medios de comunicación social han incluido a la Iglesia en el elenco de sus “noticias sensacionales”. Los diarios y las revistas se ceban en todo lo que en la Iglesia no es normal, de todo lo que de un modo u otro es un escándalo. De vez en cuando también se hacen eco de las buenas noticias, pero el comentario periodístico de las mismas no sobrepasa el nivel de la superficialidad y de la mundanidad. ¿Estamos seguros los contemplativos de que en los monasterios hemos sobrepasado este nivel?

4) Una *no responsabilidad de la Iglesia*. Se ora por la Iglesia, se sufre y se ofrece la vida por la salvación de los pecadores. Pero es muy difícil que los contemplativos se sientan “construyendo” la Iglesia como nos ha enseñado tanto en el año 1976 el Papa Pablo VI. Pienso que debiera ser una experiencia normal de quien ha recibido la vocación contemplativa, la de cargar -como santa. Catalina- la Iglesia sobre sus hombros y amarla con una increíble pasión. Esta no responsabilidad se traduce muchas veces en eludir servicios muy concretos, que los contemplativos podrían prestar a requerimiento de la Iglesia universal o de las Iglesias locales.

II

Esta visión negativa y pesimista no es sino un primer paso, a fin de plantearnos soluciones positivas que apoyarían la tesis inicial: concebir la vida contemplativa como una especial inserción en el mundo y en la Iglesia. En este sentido, consideraré tres aspectos.

I - Desde dónde se ve al mundo y a la Iglesia.

II - Qué se ve desde ese lugar.

III - A dónde nos conduce esa visión.

I - Desde dónde se ve al mundo y a la Iglesia

Siempre que vemos algo, lo vemos desde algún lugar. La Filosofía hace la admirable y clara distinción entre objeto material y objeto formal. Por eso es muy importante saber desde qué perspectiva, desde qué ángulo miramos. Y antes, debemos decidirnos a mirar. Precisamente nuestra famosa “*fuga mundi*” es tomar posición para ver: es subirse al sicómoro para ver a Jesús, el Maestro, y en sus ojos a todo el mundo y a la Iglesia.

¿Cuál es nuestro punto de visión, de *inserción*? La nuestra es una *inserción contemplativa y orante* en el mundo y en la Iglesia.

Y por eso los contemplativos son absolutamente necesarios en el mundo, como lo son también los poetas y los artistas. Tal vez uno pueda preguntarse -bajo la influencia platónica- para qué sirve un poeta en la sociedad de los hombres. Sin embargo, él es absolutamente necesario para el mundo: tiene un punto de inserción desde donde se obtiene una visión del mundo única y exclusiva. Por eso el poeta es absolutamente indispensable y, sin él, al mundo le faltaría algo tan importante como sus sabios, sus economistas, sus artesanos.

René Habachi, Director de la División de Filosofía de la UNESCO, comenta:

“Los discípulos no supieron velar cuando su Señor entraba en agonía. Sin embargo, Él velaba y rogaba por todos los ausentes... Me parece que es ésta la función esencial de la vida contemplativa hoy... Colmar la medida de todas las ausencias: he aquí el cometido de la oración. Es conveniente que haya seres que ardan gratuitamente y con desinterés: por la belleza del mundo, por la mirada de Dios sobre él... La necesidad más urgente de hoy es la gratuidad... No se trata ya de nombrar a Dios, es preciso vivirlo”. (Citado por Don Jean Leclercq en “*Actualidad de la vida contemplativa*”, de la publicación *Vida Religiosa*).

He dicho *inserción contemplativa y orante* pues distingo una y otra cosa. Incluyo en la *inserción orante* la oración contemplativa, según la división de la oración que hace Santa. Teresa en oración vocal, mental y contemplativa. Pero la distingo de la *inserción contemplativa*.

Veo la primera en ese cuadro admirable que san Gregorio nos describe en sus *Diálogos* (Libro II, Cap. XXXIII):

«... Su hermana por nombre Escolástica, consagrada al Dios Omnipotente desde su más tierna infancia, solía visitarle una vez al año... Estando aún sentados a la mesa, como se prolongara más y más la hora entre santas conversaciones, su religiosa hermana le rogó diciendo: “Te suplico...”.

Mas él respondió: “¿Qué estás diciendo, hermana? En modo alguno puedo permanecer fuera del monasterio”. Estaba el cielo tan despejado entonces que ni una nube aparecía en el firmamento. La santa religiosa, al oír la negativa de su hermano, entrelazando sobre la mesa los dedos de sus manos, apoyó en ellas su cabeza para orar al Dios Todopoderoso. Cuando la levantó, era tanta la violencia de relámpagos y truenos, y tal la inundación que se produjo a causa de la lluvia, que ni el venerable Benito ni los hermanos que con él estaban, podían siquiera trasponer el umbral de la estancia en donde se habían sentado.

Efectivamente, al apoyar la devota mujer la cabeza sobre sus manos, había derramado sobre la mesa ríos de lágrimas, que trocaron en lluvia la serenidad del cielo. Y no tardó en seguir a la oración la inundación aquella, sino que de tal modo coincidieron la plegaria y la tempestad, que cuando levantó ella la cabeza de la mesa, se oyó el estallido del trueno; y lo mismo fue levantarla, que caer la lluvia al momento...

... Benito había deseado una cosa que no pudo alcanzar...; mas contra lo que él esperaba, tuvo lugar el milagro alcanzado por la fuerza del Dios Todopoderoso, *gracias al corazón de una mujer...* Dios es caridad; y era muy justo que tuviese más poder quien más amaba».

Es la fuerza de una oración con lágrimas, de una oración que suplica. Es el gran amor de esa oración lo que convierte las lágrimas en lluvia sobre el mundo. El mundo y la Iglesia necesitan que los contemplativos recen, supliquen, pero no desde fuera sino desde dentro, desde el mismo corazón del mundo y de la Iglesia. No se trata de rezar “por”, sino de rezar “desde”. Y hacerlo con lágrimas, hacerlo con “gemidos inenarrables”, hacerlo con amor. Si hay que cambiar montañas, si hay que cambiar el curso de la historia, si hay que hacer una sociedad nueva y una Iglesia irreprochable, si hay que erradicar el odio, la discriminación, la miseria, el pecado, todo esto es posible desde un corazón que ora amando y ama llorando, y que apoya su cabeza suplicante e impotente en las dos manos del Padre.

Estaba escribiendo estas cosas cuando me llamó por teléfono una amiga, directora de un Colegio Comercial del Estado, muy grande, para decirme que al día siguiente los alumnos de primer año harían durante todo el día una excursión turística, a fin de conocer la Capital Federal y esta zona suburbana, en la cual está el Colegio. Visitarían -entre otras cosas- la fábrica de Coca-Cola, el Club Náutico, la Municipalidad, etc. Los autobuses pararían en la puerta de nuestro monasterio y las tres guías de la excursión leerían a los chicos el pasaje del *Génesis* 18,16-33, haciéndoles luego una breve explicación relacionando el texto con nuestra vida. Seguiría luego la excursión recorriendo todo lo que en la ciudad traduce su vida, su historia y su futuro. Tal vez como nunca, tuve la experiencia de lo que significa no sólo el orar, sino una “inserción orante”.

Pero nuestro punto de inserción es, no sólo orante, sino muy específicamente contemplativo. Y así como el mundo y la Iglesia necesitan de nuestra oración, necesitan también de nuestra capacidad de contemplación: de nuestro hábito contemplativo y de nuestro acto contemplativo.

San Gregorio describe en sus ya citados *Diálogos*, otro cuadro admirable (Cap. XXXV):

“He aquí que mientras aún dormían los hermanos, el hombre de Dios, Benito, solícito en velar, se anticipaba a la hora de la plegaria nocturna de pie junto a la ventana y oraba

al Dios Omnipotente. De pronto a aquellas altas horas de la noche vio proyectarse desde lo alto una luz que, difundiéndose en torno, ahuyentaba todas las tinieblas de la noche y brillaba con tal fulgor que resplandeciendo en medio de la oscuridad, era superior a la del día. *En esta visión se siguió un hecho maravilloso; porque, como él mismo contó después, apareció ante sus ojos todo el mundo como recogido en un solo rayo de sol...*

En efecto ¿cómo es posible que el mundo entero pueda ser visto por un solo hombre?... para el alma que ve al Creador es pequeña toda criatura. Puesto que por minúscula que sea la porción de luz que percibe del Creador, se le hace insignificante todo lo creado, ya que por la misma luz de esta visión interior se ensancha el horizonte del alma y se dilata de tal manera en Dios, que se hace superior al mundo; incluso el alma del vidente se eleva sobre sí misma...

Y al decir que el mundo quedó recogido ante sus ojos, no quiero significar que el cielo y la tierra se vieran como reducidos, sino que, dilatado el espíritu del vidente, arrobado en Dios, pudo ver sin dificultad todo lo que estaba debajo de Dios.

Así, pues, al brillar aquella luz exteriormente ante sus ojos, proyectóse a su vez una luz interior en su mente, y arrebatando el espíritu del vidente hacia las cosas trascendentales, le mostró cuán pequeñas son todas las cosas de este mundo”.

Esta visión del mundo en un *acto contemplativo*, supone un *hábito contemplativo*. Es el hábito del reposo sapiencial en lo más profundo de las cosas, en lo que ellas tienen de más trascendente. Y en este fondo -no en la superficie- es una búsqueda y un encuentro con el rostro de Dios. El contemplativo es la persona que se sumerge siempre en la hondura del ser y del acontecer, buscando en esa progresiva profundidad el rostro de Dios. Y un día, este hombre contemplativo por hábito, descubre que hay un lugar donde encuentra simultáneamente el mismo corazón del mundo y el rostro de Dios. Ese lugar único es el Corazón de Cristo. En adelante, todo es visto, oído y considerado desde este reposo sobre el Corazón del Verbo encarnado. *Trae tu mano y métela en mi costado (Jn 20,27)*. Este reposo sapiencial, esta búsqueda del rostro de Dios en todo, absolutamente en todo, supone algunas cosas, las cuales a su vez suponen una pedagogía, una formación contemplativa. Muchas veces los monjes formamos buenos religiosos, pero no contemplativos. La vida contemplativa -si es que no cometemos la torpeza de identificarla con la vida de clausura (aun cuando esta sea necesaria)- exige una formación que no consiste solamente en conocer las observancias monásticas y en saber vivir dentro de un convento, aun cuando los mismos hábitos monacales estén orientados hacia la contemplación y tengan su razón de ser en ella.

a) Este *hábito contemplativo* supone en primer lugar una ASCESIS; pero una ascesis que no es solamente la de la pobreza material y la de la mortificación, sino que es la *ascesis del mirar*, del saber mirar. Es decir, es esa disciplina que consiste en huir siempre de lo superficial, lo cual es más costoso de lo que a primera vista parece porque lo superficial muchas veces nos descansa, nos alivia. Esta ascesis, que requiere el *hábito contemplativo*, es una ascesis de la mente, una disciplina del pensar. Si nosotros no tenemos una disciplina del pensar y no tenemos los instrumentos del pensamiento que nos lleven a una genuina disciplina del pensar, no podremos entrar en la “espesura” según el decir de san Juan de la Cruz. Esto no significa que todos los contemplativos tengan que hacer grandes estudios de Filosofía y de Teología. Quienes puedan hacerlos, muy bien. Pero nos podríamos conformar con que hubiera en todos ellos un buen ejercicio del sentido común y del principio de identidad porque la sabiduría parte de allí y porque todos estamos posibilitados para ejercitar la disciplina del pensar. No obstante, es una meta a alcanzar. ¡Cómo cuesta a veces dialogar en las comunidades! Me refiero no sólo a las reuniones, sino a esos diálogos absolutamente indispensables dentro de un convento. Y la dificultad principal proviene de la escasa disciplina del pensar. Somos a veces interminables o imprecisos, o trabados, o contradictorios, o dispersos. A veces el pensamiento parece un triste instrumento de nuestros estados emocionales. Este orden mental es el que nos habilita para discernir y para “distinguir”, dirían los escolásticos. Esta ascesis es una *ascesis de la hondura*,

es decir, la ascesis, el hábito esforzado y doloroso de buscar siempre lo hondo, lo profundo, el misterio y la verdad de cada cosa. Y siempre con una mirada contemplativa, despojada, límpida, ausente del fantaseo barroco y siempre regida y controlada por el principio de identidad.

b) En segundo lugar, este *hábito contemplativo* supone una gran POBREZA DE ESPIRITU. Ya la Sagrada Escritura repetidamente enseña que la sabiduría es propia de los pobres y humildes, y que son los puros de corazón quienes verán a Dios. Los pobres son los llamados a ver. Y si hemos dicho que este *hábito contemplativo* es la búsqueda del rostro de Dios en todas las cosas, en profundidad, es absolutamente indispensable que también formemos un corazón pobre; y esto no es nada fácil. Lo sabemos bien, según toda la tradición monástica. Los Padres del yermo, en los primeros siglos, iban al desierto buscando muy especialmente la pureza de corazón. En general, no enseñaban a rezar ni a contemplar. Enseñaban la ascesis, la pureza de corazón, porque a orar solamente enseña el Espíritu Santo. Ellos -y san Benito lo reitera en su Regla- buscaban limpiar al monje de vicios y pecados: después, en ese corazón completamente pobre, vendría el Espíritu Santo para orar y clamar “Abba, Padre”.

c) En tercer lugar, este *hábito contemplativo* supone también LA INTELIGENCIA DE LA CRUZ. Nadie puede hablar de una experiencia personal de Dios antes de haber pasado por la Cruz. No digo por el sufrimiento, porque no identifico sufrimiento y cruz. Hasta que uno no transubstancia el sufrimiento en cruz, no puede realmente tener el *hábito contemplativo*. La cruz y la inteligencia de la cruz, nos limpian los ojos a la vez que nos horadan las cosas: en un cierto sentido nos las develan.

Me he detenido a reflexionar acerca de este *hábito contemplativo*, porque pienso que en nuestros monasterios no siempre los monjes y las monjas lo poseen. Evidentemente el mismo no se da como algo automático al traspasar el dintel de la clausura. La clausura crea, o contribuye a crear, una estructura que facilita esta dimensión interior, pero no la produce de suyo.

Si debiera condensar el pensamiento sobre este *hábito contemplativo*, tan extremadamente importante para nuestra inserción en el mundo y en la Iglesia, diría que es vivir al mismo tiempo en dos celdas que, en definitiva, no son más que una sola. Una de estas celdas es el Corazón de Cristo; la otra es el corazón de la Iglesia y, por lo tanto, el corazón del mundo. Si los contemplativos debemos y queremos estar en el corazón del mundo, sólo podremos lograrlo a través de la Iglesia. Estaremos en el corazón del mundo si estamos en el corazón de la Iglesia. Nos inserimos en el mundo a través de la Iglesia, desde la Iglesia, porque la Iglesia está en el mundo.

¿Y qué puede significar esto de vivir en la doble celda del Corazón de Cristo y del corazón de la Iglesia? Significa recoger en el silencio del propio corazón la Palabra de Cristo y la palabra de la Iglesia; porque para vivir en el Corazón de Cristo y en el corazón de la Iglesia, es necesario en primer lugar que sus palabras estén en nuestros corazones. La Santísima Virgen, que siempre tuvo el *hábito contemplativo* en el más alto grado, recogía y guardaba en el silencio de su corazón las Palabras de su Hijo y las palabras de la Iglesia naciente. Y no hay que creer que esta actitud queda cumplida leyendo todos los días la Sagrada Escritura y todas las semanas el *Osservatore Romano*. En esto debemos evitar tener ese triple corazón que nos describe la *Parábola del Sembrador*, y desear poseer aquel que fructifica centuplicadamente según la misma parábola (*Lc 8,4-15*). El gran enemigo será siempre la superficialidad.

Y además significa recoger en el corazón todo el amor, toda la alegría, todo el sufrimiento, toda la resonancia de la historia en el Corazón de Cristo y en el corazón de la Iglesia. Pero recogerlo realmente, lo cual significa ser devorado. Iluminar todas estas cosas con la Palabra de Cristo y de la Iglesia. Dice Dom Jean Leclercq en un admirable artículo:

«¿Qué conclusión sacar de la evocación de la actividad liberadora de Jesús, si no es que también los cristianos disponen para liberarse a sí mismos y a los demás de dos medios

privilegiados, de los que Él ha sido simultáneamente modelo y principio: la contemplación y el empeño?

Así como la contemplación, la experiencia hecha de una relación única con el Padre en el Espíritu estuvo en el origen de la acción y del mensaje de Jesús, de la misma manera debe ocupar un primer lugar en el cristiano.

Consiste, en primer lugar, en tratar de conocer la voluntad de Dios, en leerla en los signos que provienen de Él. Consiste en discernir, mediante las Escrituras y también mediante los hombres y las circunstancias, lo que el Espíritu dice a las Iglesias y para el mundo entero. Tal meditación presupone atención a Dios, humildad, docilidad; implica también una parte de estudio; obliga a un enriquecimiento continuo de cultura espiritual y humana, de formación y de información política y social; produce una “concientización”, que es una forma de solidaridad. Pero prepara, además, una forma de solidaridad más profunda y densa: la que nos permite llegar a ser, en Cristo y mediante el Espíritu, una presencia para los demás, uniéndonos a todos. Se realiza una experiencia que ya no pertenece al orden del saber intelectual, sino que se presenta como contacto espiritual real que no se puede describir. Esta participación eficaz en la condición humana de todos, pertenece al orden de la fe. En cuanto se asoma al umbral de la conciencia, despierta al cristiano de su sopor. Lo impulsa a comportarse como Cristo, a continuar en sí mismo la plegaria liberadora de Jesús: desear, pedir la liberación, pero también, y principalmente, ofrecerse, abandonarse, consagrarse, sumergirse en Dios, abrirse a la presencia liberadora del Espíritu.

Particularmente aquellos que por vocación se encuentran en estado de vida contemplativa, no podrán realizar obra mejor que asumir, en presencia de Dios, todo el pecado del mundo, toda la opresión que de este pecado dimana y superarlos uniéndose constantemente al perdón y a la reconciliación que vienen de Cristo mediante el Espíritu. Con esta humilde actitud ayudarán a este mundo lleno de miseria»¹⁸.

Esto significa vivir en la celda del Corazón de Cristo y del corazón de la Iglesia. San Benito tuvo su visión contemplativa del mundo desde la ventana de su celda. Nuestra visión del mundo y de la historia, y de la Iglesia, requieren esta celda en la cual es necesario que sepamos permanecer: “Permaneced en mi amor”. Esta es nuestra *específica inserción en el mundo*.

II - Qué se ve desde ese lugar

Sabemos ya desde dónde mirar. Se trata ahora de saber *qué se ve*. Y bien, desde esa ventana se ve siempre lo mismo: una inmensa escena en la que juegan dos misterios: el misterio de salvación y el de iniquidad. Por eso los contemplativos ven siempre igual la historia, aun cuando estén informados de los pormenores y de los acontecimientos (cf. *Dn 5*). Su visión percibe lo permanente, lo que está fijo en el mismo flujo de la historia, y que es este doble misterio. Por eso la información del día (personalmente, creo que ella debe existir en los monasterios) puede incentivar la mirada del contemplativo pero no cambiarla, porque él ve los acontecimientos, pero también las dos manos que los manejan: las manos omnipotentes de Dios, y las manos del enemigo de Dios. Este es el trasfondo. Y ve a la Iglesia como a “una Mujer, vestida de sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza”, pero que “grita con los dolores del parto y con el tormento de dar a luz” (*Ap 12,1-2*).

III - A dónde nos conduce esta visión

¹⁸ *Vida Religiosa*, 1 set. 1976.

La especial inserción contemplativa desde donde se ve el cauce por donde corre la historia, y desde donde se vive la pasión de la Iglesia y por la Iglesia, conduce a una actitud: es la oración con sangre y lágrimas. Cuando el contemplativo ha visto los acontecimientos, los hechos, las personas, todo este panorama desde el Corazón de Cristo y de su Iglesia, comprende que en última instancia no existe nada fuera de la fuerza del pecado y la fuerza del amor de Dios. Entonces brota la oración, activa, dinámica, apostólica, evangelizadora, profundamente contemplativa: reza la sangre mientras los ojos contemplan “los cielos abiertos y al Hijo del hombre que está en pie a la diestra de Dios” (*Hch 7,55 ss.*). Por eso el contemplativo no sólo mira en la hondura y busca el rostro de Dios, sino que también ora intensamente y, cuanto más contemplativo es, tanto más orante es. Pero lo hace siempre como contemplativo, es decir, en el corazón del mundo, en el corazón de la Iglesia, en el frente donde se juega “lo único necesario”, en el frente más hondo y esencial del mundo y de la Iglesia. El monasterio es una estructura orientada a que los monjes y monjas asuman los problemas del mundo, pero desde ese nivel eclesial: la oración contemplativa y la contemplación orante.

Significa ir al desierto con Jesucristo y luchar allí contra todas las fuerzas del mal, lanzarse al combate, entrar en lo más hondo de la escena disimulada por los acontecimientos de la periferia. Significa rezar con y como Jesús en la Cruz, como la Sma. Virgen al pie de la Cruz, con esa enorme responsabilidad salvífica, participando del gran misterio de salvación y a la vez que enfrentados con el misterio de la iniquidad, el cual no puede ser ignorado por los contemplativos. ¡Qué poco verídicos, qué poco contemplativos son aquellos que, movidos por un “complejo de caridad”, pretenden ignorar la existencia del mal! Todo es justificable, todo es bueno en el fondo, nada es malo.

Es necesario rezar como los Apóstoles en el Cenáculo, como san Esteban en la hora suprema, como san Benito, como santa Escolástica, como santa Teresa, santa Catalina... Todos ellos ¡con qué fuerza rezaban dentro de la Iglesia y dentro del mundo! No es cuestión de rezar mucho o poco tiempo, sí, de rezar con el silencio, con las lágrimas, con el sudor de sangre.

Es rezar abrazando todos los pecados del mundo, con solidaridad, y todas las debilidades de la Iglesia. Es asumir todos los pecados estrellándolos en la Cruz de la que todos de alguna manera participamos. Pero, además, los contemplativos deben irradiar sobre el mundo, no sólo su oración, sino también la gloria de la Pascua. Y no se trata solamente de palabras, de lenguaje: es necesario dejarse invadir por el misterio pascual. La oración contemplativa requiere esa constante actitud ontológica de recoger al pie de la Cruz la sangre de Cristo, su Espíritu y su gloria. Creo muy sinceramente que si los contemplativos no hacemos esto en el mundo a través de la Iglesia y en la Iglesia, estamos demás en la Iglesia y en el mundo. Pero, como contrapartida, quienes así están inseridos en el mundo y en la Iglesia, ya sea a nivel personal o en el mejor de los casos a nivel comunitario, sin ninguna duda exhalan sobre el mundo el Espíritu Santo que inhalan en el seno del Padre. Dice Guillermo de Saint-Thierry en su tratado *De la naturaleza y dignidad del amor*:

“El alma, por el sentimiento de la caridad, se adhiere indisolublemente a Dios y recoge en el rostro de Dios todos sus juicios, a fin de obrar y comportarse exteriormente según le dicta en su interior la voluntad de Dios, buena y agradable. Encuentra deleitable dirigir siempre la mirada hacia aquel rostro, y como en el libro de la vida, leer allí las normas que han de gobernar su propia vida, y encontrar allí lo que le procura la inteligencia, ilumina la fe, fortifica la esperanza, suscita la caridad... Y cuando esta alma está toda ocupada en ocuparse de Dios, en adherirse a Dios, se torna semejante a Dios por el don amoroso de sí y la unidad de voluntades.

Mas, cuando se ve obligada a volver a los hombres y a los negocios humanos, marcada como está por la luz del rostro de Dios, presenta a los hombres un semblante resplandeciente por el óleo de la caridad divina; lo cual se manifiesta tanto en sus gestos como en sus palabras y hasta en un cierto esplendor y gracia que se refleja en todo su

exterior. La bondad y la gracia que emanan de ella exigen respeto y lo imponen a los demás... Las ruedas que tiene el espíritu de vida, marchan siempre hacia el cumplimiento de la voluntad de Dios, sin volver atrás para hacer la suya propia. Si se ordena a estos espirituales presidir, presiden con solicitud; si se les manda vivir de igual a igual con otros, lo hacen con caridad. Si son superiores, se comportan como padres con sus hijos; si súbditos, como hijos con sus padres; si viven en medio de sus hermanos, se hacen servidores de todos. Muestran a todos un tierno afecto, armonizan con dulzura en el bien; encontrarse con ellos, regocija; vivir con ellos resulta placentero... A los mas jóvenes saben testimoniarles, con obras, tierno afecto; a los iguales, un amor que llega hasta la sumisión; a los mayores, un respeto que los mueve a considerarse como servidores suyos. No buscan sus propios intereses sino los de todos. Si es posible toman a menudo sobre sí las pruebas de los otros. En todo esto los miembros de su cuerpo y su buena voluntad se plegarán fácilmente a lo que ordene esta ley suprema (de la caridad): recibieron las arras y las prendas del Espíritu Santo”¹⁹.

El fruto maduro de la *inserción orante y contemplativa* es el amor; es la imitación de Cristo, reconciliar con su sangre y con su amor todo lo que está dividido, hacer del propio corazón la sala de fiesta donde el Padre besa a sus hijos, los pecadores, y cena con ellos.

Después de lo expuesto albergo una esperanza: que las llamadas “monjas de clausura” seamos llamadas “monjas contemplativas”, porque nuestra misión en el mundo y en la Iglesia no consiste en no conocer los nuevos medios de locomoción, o en ignorar quienes son el Presidente y los Ministros de la propia Nación, o en ignorar la vida y el pensamiento de la Iglesia local y de la Iglesia universal. Nuestra misión presupone el desierto, sí, lo cual es algo mucho más serio y profundo que nuestra imagen de clausura. Incluye también como un valor positivo la institución ascética llamada clausura. Pero todo ello debe conducirnos a una actitud positiva: la inserción orante y contemplativa en el mundo y en la Iglesia. Este es el fin que debemos alcanzar. Tipificar a las monjas por uno de sus medios supone trastornarlas óticamente. Monjes y monjas no hemos salido del mundo y de la Iglesia, hemos entrado en lo más profundo de ambos, y allí velamos: quietos, en la Cruz de Jesucristo, dinámicos en la gloria de su Pascua, silenciosos en la fruición del Espíritu.

Abadía de Santa Escolástica - Argentina

¹⁹ *Padres Cistercienses* - 1 - Azul, Argentina, p. 122.